

Presentación

Es conocida la propensión de Paul Sweezy —y por extensión, de los autores y autoras que publican en *MR*— a practicar un tipo de reflexión que Georg Lukács denominó en 1923 el análisis del *presente como historia* (de hecho, así tituló el economista norteamericano uno de sus más conocidos libros).¹ Los materiales seleccionados para el volumen que el lector o lectora tiene en sus manos son una muestra en directo de esa rara capacidad que la *Monthly Review* ha mostrado durante más de medio siglo, saldada con éxito en términos generales, de intentar comprender un presente que se percibe crucial (porque está *organizando* el futuro) con una mirada histórica y en el mismo momento en que se suceden los hechos. Y el hilo conductor que agrupa esos materiales no es otro que lo que para muchos y muchas se adivina como un importante cambio de tendencia en la izquierda viva mundial (la que dispone de capacidad de innovación), a saber, la aparición, coincidiendo con el cambio de milenio, de un conjunto variopinto de movimientos sociales y políticos que comparten no obstante la determinación de dejar atrás tanto la vía muerta o camino sin salida de los movimientos de la izquierda de hace un siglo, de los que probablemente extrae las oportunas lecciones prácticas, como la pasividad ante las convulsiones y destrozos (económicos, políticos, culturales) provocados por la campaña del imperialismo neoliberal contra las reivindicaciones y expectativas de los pobres y las clases populares de todo el mundo y que con frecuencia se ha denominado «globalización». Con el decisivo añadido de que este cambio de tendencia está sirviendo para devolver a la agenda política de las clases populares la cuestión de qué pueda significar hoy, y qué va a significar en el siglo

XXI, la palabra *socialismo* Un asunto de primera importancia si tenemos en cuenta que, como señaló en su momento con acierto un observador interesado refiriéndose al vuelco y efectos producidos por los acontecimientos de 1989 y años subsiguientes, «hoy, no sabemos lo que es el socialismo».²

La oleada de los «novísimos» movimientos sociales y políticos

El cambio de tendencia aludido fue en parte reactivo ante los años de neoliberalismo desatado que recibe su impulso a partir de la crisis de 1973-1974 y el posterior acceso al poder ejecutivo de Gran Bretaña y Estados Unidos de Margaret Thatcher (que gana las elecciones británicas en 1979, 1983 y 1987) y Ronald Reagan (elegido presidente de Estados Unidos en su primer mandato en noviembre de 1980) que, con varios episodios intermedios, culmina en la «era Bush» cuya segunda parte nos disponemos ahora a afrontar. Para desgracia de la humanidad, la historia reciente es la historia sobre todo de la globalización neoliberal del capitalismo que esos acontecimientos proyectaron con potencia inusitada sobre la dinámica de la sociedad mundial en respuesta, a su vez, según todos los indicios, a la famosa «época dorada» del capitalismo (1945-1973), una era que puso en circulación una contestación sin precedentes del modelo de capitalismo industrial moderno, el compromiso de clases que permitió edificar el Estado del bienestar y dar contenido a la noción de *ciudadanía*, lo más temible quizá desde la óptica de los beneficiarios del sistema capitalista, una clase trabajadora con un nivel de organización, capacidad de influencia política y arraigo popular sin precedentes.³ Como se explica muy bien en el trabajo de Peter Gowan «La hegemonía norteamericana en el mundo de hoy»,⁴ la era de la globalización neoliberal ha creado «un mundo caótico» donde los estados del núcleo están incapacitados para «cambiar la dirección de las políticas mundiales hacia una orientación más pacífica y socialmente integradora» (p. 77), precisamente porque sus élites dirigentes se han librado sin remilgos a una cruzada para descomponer esos avances y recursos acumulados por las fuerzas de izquierda durante la «edad de oro». También Leo Panitch en este volumen (capítulo 10) hace hincapié en esta cuestión. La aplicación de esa macropresión durante los aproximadamente veinte-veinticinco últimos años, permitía pronosticar algún tipo de respuesta opositora desde los medios donde se iba haciendo una bolsa cada vez más desproporcionada de pobreza e indignación popular.

El objeto del presente libro es precisamente este: la respuesta popular a las dos décadas largas de predominio neoliberal y la consiguiente creación de

un capitalismo global, respuesta que se expresa a la vez como un cambio de estrategia respecto de las experiencias previas de la izquierda mundial ante el capitalismo moderno. La oleada de movilizaciones que conduce a la «novísima» izquierda del cambio de milenio y que con toda probabilidad permitirá replantear la cuestión del socialismo tiene unos claros puntos de referencia:⁵ se desata alrededor de 1994 con la inesperada eclosión del zapatismo en México; prosigue con las grandes manifestaciones autoorganizadas del invierno francés de 1995; se ensancha con la emergencia de formas novedosas, no insurreccionales, de huelga general (entre otros países, en España y en Italia) y la aparición de un amplio movimiento por la solidaridad con los países pobres; y se completa con los grandes estallidos de la antiglobalización que arrancan en 1999 en Seattle (y se prolongan, hasta hoy, en Génova, Barcelona, Praga, Gotenburg y otros muchos lugares), episodios a los que deben añadirse los movimientos de resistencia al capitalismo globalizado que aportan innovación y avance de los repertorios de lucha desde la periferia y la semi-periferia mundial (como algunos de los que emergen en Argentina y en otros países latinoamericanos y asiáticos), así como las gigantescas movilizaciones mundiales de febrero de 2003 contra la Guerra de Irak y la red de campañas y foros de alcance mundial como los de Porto Alegre y sus derivaciones regionales (Florencia, París...) y temáticas.

Estos acontecimientos se pueden interpretar de muchas maneras. Pero, contemplados desde la óptica de la historia moderna del radicalismo político, indican a nuestro entender, como hemos sugerido, un inequívoco cambio de tendencia. Hay una historia premoderna de rebeliones contra la opresión y el capitalismo primigenio.⁶ Durante un siglo y medio, impulsada por la emergente clase trabajadora industrial, la protesta popular parece institucionalizarse en grandes movimientos y organizaciones: el movimiento obrero, los sindicatos, los partidos obreros y los movimientos socialista, anarquista y comunista; a la vez que propulsa el ciclo de las grandes revoluciones contemporáneas (principalmente: la revolución rusa de 1917, la china de 1949 y la cubana de 1959). 1968 representa la eclosión de la *nueva izquierda* y los *nuevos* movimientos sociales. Aunque convive con los movimientos y organizaciones del ciclo anterior y, en algunos casos, su ascenso se apoya en esa tradición predecesora, en general representa en esencia el descontento y rechazo de la nueva sensibilidad del radicalismo político, más decididamente democrática y centrada en la autonomía del sujeto, hacia esas formas institucionalizadas de la izquierda clásica que a medida que avanza el siglo xx, y en interacción desigual con las fuerzas económicas, políticas y militares del capitalismo, acaban produciendo revoluciones fallidas (la deriva de las revoluciones del ciclo clásico hacia dictaduras inaceptables),

comunismo de corte estalinista y socialismo de gestión del capitalismo. En lo que parece una ironía de la historia, sólo la componente anarquista del ciclo clásico de la rebelión contemporánea, la aparentemente pariente pobre de la familia del socialismo histórico, sobrevive entre las generaciones de la *nuevay* la *novísima* izquierda (aunque, eso sí, experimentando una notable transformación de la que da cuenta Barbara Epstein en el capítulo 5).⁷

En enero de 1994, en el mismo momento en que hace su entrada en escena el movimiento zapatista, se publicaba una pequeña rememoración de la historia de la *Monthly Review* que hacía un Sweezy ya anciano (84 años) pero todavía vigoroso en su expresión;⁸ he aquí la perspectiva de futuro que auguraba poco después de los impactantes efectos del derrumbe del estalinismo:

Si tratamos de desentrañar el futuro, lo que vemos es lo que parece una bifurcación en el camino. En una dirección, más de lo mismo; en la otra, el renacimiento de la oposición revolucionaria al dominio del capital. [...]

Sería estúpido subestimar la severidad de la derrota sufrida por la oposición, pero todavía más concluir que está muerta. Lo cierto es que está viva, aunque no coleando, y el hecho de que todavía subsistan las condiciones que, para empezar, la hicieron nacer (sólo que todavía más acrecentadas) es una garantía de que se las arreglará para reaparecer coincidiendo con las nuevas generaciones de explotados y oprimidos que ocupan el lugar de los que desaparecen o se retiran.

Esta renovación tomará tiempo. Las formas institucionales de la vieja oposición —organizaciones de masas, partidos políticos, estados soberanos— desaparecerán en su mayor parte para dejar su lugar a nuevas instituciones. Lo mismo ocurrirá con las ideas y las ideologías, en particular por lo que respecta a las versiones falsificadas y distorsionadas del marxismo que alcanzaron el estatus de ortodoxias en los movimientos socialdemócrata y comunista de fines del siglo XIX y principios del XX.

Todo ello tomará su tiempo y, tal vez por fortuna, no podemos predecir la manera en que ocurrirá ni, todavía menos, los efectos que contribuirá a generar. No hay otra cosa que podamos hacer que todo lo posible para explicar lo que ha ocurrido hasta aquí y ayudar a las nuevas generaciones venideras a comprender los cambios que se hacen necesarios para que sobreviva la especie humana en un futuro decente.

Alrededor de 1994, y en coincidencia con las palabras premonitorias de Sweezy, una nueva generación de «explotados y oprimidos» entra en escena, en el Tercer Mundo y en el Primero. La aparición de nuevos actores y repertorios de la historia social se expresa universalmente en actos emblemáticos de protesta y reivindicación. Algunos episodios que protagoniza esa nueva generación, y que se recogen aquí, indican con cierta claridad los

principales contornos de una nueva vía para la izquierda mundial. La era de apogeo del neoliberalismo provocó muchos desastres; pero tuvo también una virtud —no querida—, a saber, sirvió de movilizador de las clases populares en muchos lugares. Los acontecimientos de 1994, en el Sur (México), y 1995, en el Norte (Francia), fueron el punto de inflexión y el inicio de un nuevo ciclo en el que todavía estamos.

Episodios emblemáticos

Una buena parte de los episodios mencionados de la oleada movimientista contemporánea están representados en los análisis de los diversos capítulos de este libro. Por orden de aparición, el capítulo 1 analiza cómo el mundo se enteró de que habíamos entrado en una nueva época de protesta cuando en los primeros días de enero de 1994 se produce la «rebelión campesina» en Chiapas (alrededor de 800.000 indígenas) y se constata que no estamos ante un movimiento guerrillero al uso: la estructura militar no impone la lógica dominante de la acción, el liderazgo es relativamente difuso y con una nutrida representación de indígenas, los sublevados funcionan con esquemas organizativos horizontales y al parecer democráticos, se recurre para comunicarse al uso de los medios de comunicación de masas y se pretende vincular el movimiento con la sociedad civil mexicana. El conjunto fue bautizado, un poco frívolamente, por el novelista mexicano Carlos Fuentes como «la primera revolución posmoderna»; y el escritor uruguayo Eduardo Galeano, muy vinculado a MR, pudo escribir que «Chiapas quiere ser un centro de resistencia contra la infamia y la estupidez». ⁹ El capítulo muestra cómo la rebelión de Chiapas fue el catalizador de la resistencia y protesta de la clase trabajadora mexicana contra la vuelta de tuerca que significaron las políticas neoliberales en ese país y en muchos otros, algo que, entre otras cosas, ha servido para impulsar un reagrupamiento de las fuerzas de la izquierda en un país, México, que se debate desde entonces, como dicen los autores del capítulo, entre «una transición moderada» y la posibilidad de que los movimientos populares impulsen el país hacia «una sociedad nueva».

La inesperada e intimidante «revuelta social», como la llamaron los periódicos de la época, de los ciudadanos autoorganizados del invierno francés de 1995 contra las pretensiones del *establishment*—francés y global— de descalabrar el Estado del bienestar fue una manera de enseñar los dientes, también en el opulento Occidente, después de la eclosión del zapatismo en la selva Lacandona, contra los ya largos años de presión de la derecha neoliberal. Pero fue también «la primera revuelta contra la globalización», como vio con percepción en *Le Monde* Erik Izraelewicz: ¹⁰

Por primera vez en un país rico se asiste hoy, en realidad, a una huelga contra la mundialización, a una reacción masiva y colectiva contra la globalización financiera y sus consecuencias... El actual movimiento social es una reacción frente a esa mundialización... Si los usuarios de los servicios públicos y los asalariados de sectores *expuestos* expresan aún cierta simpatía hacia los huelguistas es que sienten que al defender sus intereses particulares los manifestantes participan en la defensa de un modelo social amenazado.

En realidad, y visto retrospectivamente, el movimiento ciudadano francés fue eso pero además, y sobre todo, un cuestionamiento de lo que se nos venía encima: el capitalismo global, desatado y libre de constreñimientos, demoledor en su destrucción del mundo institucional de la sociedad civil y las clases populares. Y esto es lo que captó con su habitual buen ojo Daniel Singer (capítulo 2), que señala también una limitación de ese movimiento ciudadano, que diferencia la protesta del caso mexicano, y que veremos después reaparecer en otros episodios posteriores conectando la ola de protestas con la cuestión del socialismo; según Singer, los manifestantes franceses

no presentaban un proyecto alternativo, la visión de una sociedad diferente. No obstante, eso no disminuye la importancia histórica de sus acciones de protesta. Después de veinte años, poco más o menos, de dominio ideológico, el mero rechazo, la resistencia, eran fundamentales. Mientras, explícita o implícitamente, se aceptara la idea de que no existía alternativa alguna, la búsqueda de una alternativa resultaba impensable. Ahora, por lo menos, puede dar comienzo la búsqueda de una sociedad radicalmente diferente.

Pero el mundo de ese momento, sujeto como muchos ciudadanos sabemos a las presiones y desinformación desvergonzadas de los medios de comunicación afines a la derecha neoliberal (la mayoría) y a los oportunos intelectuales del «régimen» (¡estos sí que son intelectuales orgánicos!),¹¹ pronto asimiló, mejor o peor, lo que había ocurrido, aunque el acontecimiento dejó su huella.

Los movimientos de los zapatistas en México y de los *sin tierra* en Brasil mantienen nexos comunes y a la vez ciertas características que los diferencian de las formas tradicionales de la protesta popular en Latinoamérica (como los movimientos armados y guerrilleros ortodoxos) y son sin duda un activo para la innovación de la izquierda mundial (su énfasis en la sociedad civil y la democracia, y en la capacidad y autonomía de la ciudadanía) que en muchos sentidos hermana a estos movimientos con la nueva «vanguardia» de la protesta occidental. No es casual que Michael Löwy (capítulo 3) señale que la pauta de conducta característica del MST brasileño todavía

revalida el análisis de 1959 de Eric Hobsbawm. *Rebeldes primitivos* además de constituir todavía una apasionante lectura, tiene mucho que enseñar a los lectores actuales sobre la lógica de los movimientos de hoy. Löwy destaca cómo las organizaciones del movimiento brasileño tienen una marcada impronta milenarista, aunque de un milenarismo, por así decir, puesto al día:

El milenarismo de la CPT —pero también de las CEBs y, en términos generales, de la teología de la liberación— se expresa en la utopía socio-religiosa del «Reino de Dios», no como una cualidad trascendente proyectada en otro mundo, sino como una nueva sociedad aquí, en la tierra, basada en el amor, la justicia y la libertad.

Menciona finalmente Löwy la influencia que ha tenido la teoría de la dependencia (que tanto debe a los análisis de la *escuela Monthly Review* empezando por los estudios de Baran y de Sweezy) en ofrecer un soporte analítico a la protesta moral contra el capitalismo por parte de los cristianos de la liberación brasileños.¹²

Los capítulos 4 (Leo Panitch) y 5 (Barbara Epstein) tratan de lo que acabamos de denominar, un poco irónicamente, «la nueva “vanguardia” de la protesta occidental». El movimiento antiglobalización, que quizá sea más conveniente denominar *altermundistas* sorprendió a propios y a extraños. Pero no es difícil percibir que ha «enganchado» perfectamente con la nueva generación de activistas y, en paralelo, está creando una nueva forma de internacionalismo aparentemente viable. El análisis de Panitch, escrito antes de la Guerra de Irak, nos sitúa en Canadá pero es una inteligente reflexión de alcance mundial sobre tres importantes aspectos de la realidad actual: el papel de la violencia en el mundo; el papel de los estados del Primer Mundo en la coalición imperialista que dominan los Estados Unidos; y los aportes y límites de ese «movimiento de movimientos» que se ha alzado en contra de esa estructura de poderes. Ilustra a los lectores, utilizando un viejo texto de Mark Twain, sobre las diferencias entre la violencia reactiva (el «terror menor», o «instantáneo» de un 11-S) y la violencia organizada y desde arriba (ese «reino del terror» que, dice Twain, «ha durado mil años» y equivale a «una muerte que lleva toda una vida, causada por el hambre, el frío, el insulto, la crueldad y por un corazón destrozado», algo relativamente familiar hoy en las sociedades del Tercer Mundo). Pero Panitch nos ilustra centralmente sobre las novedades aportadas por el movimiento contra la globalización; en síntesis, tres. Se trata, en primer lugar, de un movimiento social y político que elude explícitamente los esquemas conocidos de opo-

sición en forma de terrorismo y lucha armada. En segundo lugar, se trata de un tipo novedoso de protesta política caracterizado, a diferencia de la estrategia clásica de la desobediencia civil, por la «diversidad de tácticas», la acción directa, la descentralización y autonomía organizativa de los grupos participantes y la práctica, en su seno, de esquemas democráticos de definición de consensos *ad hoc* que parecen evocar la democracia participativa que pregonan los movimientos latinoamericanos emergentes. Todo lo cual se puede interpretar como un anuncio o avance de «las nuevas instituciones» de la izquierda venidera a los que aludía Sweezy en 1994 y hemos citado más arriba. La tercera novedad, finalmente, es la ausencia en la subcultura del movimiento de un programa institucional de futuro; pero esta es también, en opinión de Panitch, su máxima debilidad, con lo que converge con el análisis de Singer sobre las manifestaciones francesas de 1995: estos movimientos se pueden instalar en una protesta permanente que no genere instituciones políticas de nuevo cuño que permitan a su vez convertir aquella en los cimientos como mínimo de un poder dual. A pesar de ello, el movimiento antiglobalización ha puesto a la defensiva, al menos en la escena pública, a las grandes organizaciones económicas supranacionales y ha dejado claro que estamos ante una nueva forma de desafío al capitalismo.

El trabajo de Barbara Epstein (capítulo 5) alude a la dinámica interna del movimiento antiglobalización y plantea la cuestión de cómo, en una ironía de la historia, las tradiciones marxista y anarquista ortodoxas, históricamente enfrentadas, parecen confluír y diluirse una dentro de la otra en su seno (de manera análoga, en cierta forma, a como el libertario Noam Chomsky se integró en su día en el grupo de la *MR*, una revista de economía política explícitamente marxista). Este capítulo enlaza tres cuestiones de interés para los lectores de habla castellana: la historia moderna de la izquierda norteamericana, en general mal conocida; el desarrollo allí de su última oleada, el movimiento antiglobalización aludido; y el papel jugado dentro de esa izquierda contemporánea por las ideas e ideales anarquistas. La conclusión de la autora es que estos últimos han dejado como herencia un poso inconfundible fácilmente identificable en el radicalismo político de hoy, a saber, la insistencia en la autoorganización, la toma de decisiones democrática desde abajo y la coalición de grupos que suman fuerzas sobre una base *ad hoc* actúan a modo de «enjambre de mosquitos» que aparece y desaparece como por arte de ensalmo.

Uno de los impulsos que puede distinguirse en el interior del movimiento antiglobalización es un cierto menosprecio hacia la tendencia que se atribuye a la generación anterior, en consonancia con las ideas de la izquierda clásica y, en parte, de la *nueva*, a sobrestimar la capacidad e importancia

del movimiento obrero en tanto que uno de los componentes principales de las formas institucionales de las que se dotan las clases populares. ¿Quién no ha presenciado, o participado, en los últimos años en un diálogo sobre la cuestión donde el movimiento obrero, y sobre todo los sindicatos, son objeto de cierta befa por parte de los militantes de la nueva generación? ¿Tiene fundamentos esta actitud o conviene, como a veces se puede escuchar, reconvenir al que habla por estos últimos con un «háztelo mirar»? ¿Cuál es el estado reciente y actual del movimiento obrero y su papel en las luchas de la izquierda mundial de ahora mismo?

Asbjørn Wahl (capítulo 6), un sindicalista noruego, trata de esta cuestión, aunque la centra sobre todo en el movimiento sindical europeo reciente. Antes hemos indicado que el período 1945-1973, la «era del capitalismo organizado», permitió al movimiento obrero y a la izquierda del Primer Mundo construir un impresionante abanico de recursos (que no es ajeno a la ofensiva neoliberal que le sucede). Wahl matiza acertadamente la cuestión: alguno de esos recursos, y específicamente, el compromiso de clases que da lugar al Estado del bienestar, ha sido siempre un arma de dos filos para la izquierda. Se trataba sin duda de avances para las clases subordinadas, pero implicaron pagar un respetable precio en forma de paz social sin condiciones y renuncia a la «conciencia» de clase; y en esa medida, significaron un desarme político y moral que ha costado muy caro a la generación siguiente y de la que es una buena ilustración el pacto social y, todavía peor, el enquistamiento del sindicalismo de clase institucionalizado en la «ideología del pacto social» (del «neocorporativismo», en la jerga académica) incluso cuando es patente que las condiciones que en un momento confirieron alguna racionalidad a esa pauta están por completo ausentes en el mundo laboral de hoy (véanse al respecto los argumentos convergentes de Roman y Velasco en el capítulo 1 procedentes del Sur y escritos en 1997). Los patronos, en tiempos recientes y en la actualidad, sencillamente ni quieren ni buscan, ni necesitan, ningún compromiso de clase: tienen la posición de predominio. Visto en estos términos, el papel actual del movimiento obrero («organizado»: los sindicatos de clase y los partidos en su día de base obrera) en el marco de la nueva situación no parece muy prometedor. Wahl lo resume perfectamente para el caso de los sindicatos: actúan más como intermediarios entre el *establishment* capitalista y los nuevos movimientos que como parte de estos últimos. Sin embargo, contradictoriamente, las organizaciones obreras continúan siendo un activo, si no entusiasmante, «aún» imprescindible. Los sindicatos se han convertido en instituciones de orden que, paradójica y fugazmente, se manifiestan como dique de contención de los desmanes sociales del capitalismo y, al hacerlo, contribuyen en oca-

siones a paliar el vacío práctico, *político* que han dejado los partidos de la *vieja izquierda* entre las clases populares. ¿Cómo no recordar al respecto, por ejemplo, la importancia de las huelgas generales españolas de 1988 y 2002 para la historia reciente de este país?

Ante una situación como esta, la recomendación de Wahl parece sensata: las asociaciones de los trabajadores no pueden ser sólo, por así decir, intermediarios de clase (aunque un análisis desapasionado muestra que los sindicatos siempre han tenido en parte esta función).¹³ Los sindicatos son parte del movimiento obrero pero no *son* el movimiento obrero. En la medida en que se alejan de su base social que los convierte en temibles, esto es, de la base de ese movimiento social que llamamos movimiento obrero, se «instalarán», pero estarán firmando su derrota. ¿La alternativa? La penetración de los partidos populistas de extrema derecha entre sectores de la clase trabajadora. Pero si quieren transformar el mundo del trabajo, los sindicatos tendrán que preocuparse también por transformar la sociedad.

Desde hace unas décadas se ha desarrollado, a nivel planetario, pero sobre todo en los países centrales, un denso movimiento dedicado a la solidaridad. Publicamos como capítulo 7 un testimonio estremecedor sobre un caso reciente de movilización en el marco de este movimiento. En marzo de 2003, Rachel Corrie, una muchacha norteamericana que ejercía de «escudo humano» ante los tanques israelíes, en Gaza, fue aplastada deliberadamente por una de las tristemente famosas máquinas excavadoras del ejército israelí. El capítulo contiene algunos de los mensajes electrónicos enviados por Corrie en los meses precedentes que sirven para ilustrar, no sólo los motivos que mueven a personas como ella al máximo sacrificio humanitario concebible, sino también los perfiles sobre el terreno de lo más parecido que hoy en día encontramos en el planeta al comportamiento del régimen nazi.

En el capítulo 8, finalmente, James Petras ofrece un análisis sintético pero efectivo sobre el innovador movimiento de los *piqueteros* argentinos. Este caso ilustra especialmente bien algunas de las novedades y lecciones que aporta la oleada de «novísimos» movimientos. Una, que el argumento, habitual entre los sindicalistas europeos, de que no es posible organizar a los parados no se tiene en pie (aunque empezó ya a ser desmentido por la actividad de las asociaciones francesas de parados de la década de los noventa). Dos, reforzando los argumentos de Wahl en el capítulo 6, que uno de los problemas de envergadura en el movimiento obrero de muchos países son paradójicamente las organizaciones sindicales que, en parte, no han sabido adaptarse a los cambios operados al final de la «época dorada» y, en parte, han desarrollado intereses propios que las alejan de su base social. El movimiento de los *piqueteros* finalmente, muestra cómo los sectores socia-

les en vías de marginación, la mayoría en términos globales, pueden convertirse en actores estratégicos a condición de practicar otro tipo de lucha social y política que, apoyándose y dando voz a la sociedad civil, en lugar de sustituyéndola, cree ciudadanos que se movilicen directamente en pos de sus intereses y del bien común; en palabras del autor:

Desde la perspectiva de la élite que controla el proceso de acumulación, las actividades de los campesinos, los desocupados, los indios, los granjeros, las empresas comerciales locales y los pequeños manufactureros resultan superfluas, prescindibles e irrelevantes para las actividades principales: las exportaciones, las transacciones financieras y las importaciones de bienes de lujo. Pero todo ese flujo de bienes y capitales, para llegar a los mercados, ha de circular libremente por las vías de comunicación. Es aquí donde los «grupos marginales» se convierten en actores estratégicos cuyas acciones interfieren en los circuitos de las élites y entorpecen el proceso de acumulación. Los cortes de carreteras de los desocupados son el equivalente funcional de los paros de las máquinas y de las cadenas producción que realizan los trabajadores industriales: unos impiden la realización de beneficios; otros, la creación de valor. La organización de las masas fuera del sistema fabril demuestra que la estrategia resulta viable cuando se lleva a cabo al margen de las estructuras de los partidos electorales y de los sindicatos burocráticos. La autonomía organizativa resulta crucial en Argentina y en el resto de Latinoamérica.

Poner el socialismo a la orden del día

Subsiste la cuestión de si la nueva oleada de protestas y movimientos está aportando o puede aportar una visión de orden social alternativo. En el espíritu de las nuevas formas de oposición al capitalismo que se inician en 1994 y llegan hasta hoy, como hemos señalado, y aunque no siempre se plantee directamente así, está la cuestión de cómo renovar el impulso de la izquierda histórica, en muchos sentidos exhausta y falta de recursos, y qué significado atribuir hoy y en el previsible siglo XXI al término *socialismo* hasta ese momento un vocablo poco definido en su adaptación al entorno de la segunda mitad del siglo XX y a partir de 1989-1991, ya sin ambages, un vocablo decididamente carente de sentido claro.¹⁴ Pero estas consideraciones, por supuesto, dependen de cómo el observador enjuicie o caracterice el momento histórico en que se halla. Y esa es la virtualidad del debate que se publica como capítulo 9 entre Immanuel Wallerstein y los editores norteamericanos de *MR*, Harry Magdoff y John B. Foster; en ese breve pero sustancial intercambio, lo que se trata de definir es el tipo de era histórica en la que nos hemos adentrado así como qué puede significar en su seno la actividad de un socialismo renovado, que se impregne de continuidad con el socialismo

histórico procedente del siglo XIX y primera mitad del XX pero, a la vez, sustituya con determinación el *stock* de los recursos y estrategias clásicos (la mayoría, inservibles en la nueva situación o sencillamente fallidos) por una nueva avenida que confiera dirección y sentido a las actividades y luchas de las clases populares. De ahí el doble sentido del título que hemos escogido para ese intercambio: «Hacia dónde vamos» no es tanto un indicador de orientación cuanto una referencia a que hemos cambiado de época y necesitamos entender los nuevos cimientos; y a la vez, a cómo debe la «novísima» izquierda socialista del siglo XXI abordar la resistencia y la confrontación con el capitalismo global.

Las conocidas tesis de Wallerstein proceden de un auténtico experto en sistemas históricos. Además de este activo, que se le supone al autor, tienen a nuestro entender, desde la perspectiva que nos ocupa aquí, tres aciertos principales. En primer lugar, contienen un diagnóstico y argumentos sobre la crisis sistémica del capitalismo ante la que, de acuerdo con el autor, nos encontramos, caracterización sobre la cual los editores norteamericanos plantean ciertas objeciones y cautelas. La posición de Wallerstein es sólida por lo que se refiere a la dimensión *política* de esa crisis histórica, tras la que se adivinan algunas de las certezas de la ciencia social reciente. Las estructuras sociales en épocas de estabilidad dejan poco margen para una acción colectiva *eficiente* por parte de las clases subordinadas; pero con la crisis sistémica se abre una época de transición, con las estructuras sociales fuera de equilibrio, propicia para un papel significativo de la *agencia* (la voluntad intencionada de las clases en presencia). Por eso propone el autor que el resultado del conflicto social es incierto: depende del mayor o menor acierto, de las alianzas y coaliciones, de la intensidad de la movilización de las clases durante el corto plazo histórico que se avecina (veinte, treinta, cincuenta años pronostica el autor). Compartimos aquí la conclusión política de Wallerstein:

La conclusión es, por lo tanto, que está en nuestras manos: nosotros podemos realmente marcar la diferencia. Pero sólo si renunciamos a la idea de que lo que justifica la acción es la certeza de la victoria, en lugar de su mera posibilidad y su valor intrínseco. Y nunca si esperamos inactivos, en la esperanza de que las tácticas que una vez fracasaron (espectacularmente y por todo el mundo) serán de algún modo revividas y, en una segunda vuelta, funcionarán.

Nos encontramos, por tanto, según Wallerstein, en una coyuntura histórica fuerte que representa una oportunidad para las clases subordinadas y cuya resolución depende en gran parte de la acción intencionada de los actores de que se dotan estas últimas. Desde la izquierda, por tanto, depende de

que se pongan sobre la mesa las políticas y estrategias adecuadas. Aquí encontramos lo que constituye a nuestro entender el segundo acierto del autor: dejarse de eufemismos y atreverse a escribir que el colapso de la URSS no sólo no fue un desastre para la izquierda sino, tal vez, ni siquiera un contratiempo. En efecto, es muy difícil que la izquierda se renueve si no se libra de la herencia del «socialismo real», algo que no se hace simplemente cambiando unas siglas sino transformando actitudes, prácticas —políticas y organizativas—, estrategias, ideologías (para empezar el «relato» de ese pasado). Se puede entender que para ciertas fuerzas populares esa reconversión sea dolorosa (puede llevar a reconocer que el pasado supuestamente glorioso carecía de sentido). También que, en buena lógica, como proponen los editores norteamericanos en su comentario a Wallerstein (capítulo 9), ha de haber una cierta continuidad entre las tradiciones históricas de la izquierda (y, por tanto, no se trata de renegar *in toto* de ese pasado clásico). Pero, como propone Panitch (capítulo 10), lo que no se puede es defender o seguir defendiendo ese «comunismo autoritario», ni retrospectivamente ni en sus residuos contemporáneos. Esta es una auténtica línea divisoria entre las izquierdas del siglo xx, que se manifiesta en la actualidad, pero ya se manifestaba en los años de la década de 1960 (dice Panitch con razón sobre su generación y esa época: «nos convertimos en socialistas *a pesar* de ese ejemplo», refiriéndose a las sociedades de modelo soviético) e incluso en los años posteriores a la revolución soviética.

El tercer acierto aparente de Wallerstein consiste en proponer algunas medidas y políticas en la dirección de un socialismo puesto al día y a la altura del desafío histórico que representa esa época de transición en que supuestamente nos hallamos; un «modelo». Algo que culmina en esta recomendación:

En medio de la inherente incertidumbre del mundo en sus momentos de transformación histórica, la única estrategia plausible para la izquierda mundial es la de perseguir de forma inteligente y militante su objetivo básico: alcanzar un mundo relativamente democrático, relativamente igualitario. Un mundo así es posible.

Esto contrapesa el acierto. Parece poco para tan compleja tarea. Para ser justos, sin embargo, se ha de decir que por una vez nadie pretende tener *la* respuesta adecuada, Wallerstein tampoco; y que ésta se construirá como resultado de la acción coordinada de la «izquierda plural» (la izquierda heterogénea pero que comparte líneas comunes con sus iguales con los que interacciona sobre fundamentos democráticos) más que por medio de la elaboración de «modelos». La utilidad relativa de los modelos de cara al comportamiento político es algo que también argumenta Panitch (capítulo

10): «ninguno de esos modelos puede resultar convincente si no va de la mano de la creación de los medios políticos para su realización». Y aquí es donde entran los movimientos. Las «instituciones escleróticas» (Panitch) de la vieja izquierda han de dejar paso a nuevas instituciones políticas a la vez de oposición al capitalismo, de renovación del socialismo y de fundamento de un nuevo orden social. Y los movimientos son el laboratorio adecuado para ello en esta época de transición, algo sobre lo que nos ilustran sobradamente los capítulos de este libro, porque en el mundo de hoy sólo ellos, o principalmente ellos, por lo que parece, pueden protagonizar esa «lucha por el socialismo» que con razón los editores norteamericanos (capítulo 9) ponen en el centro de todas las iniciativas:

Creemos que el mundo corre en la actualidad un grave peligro de experimentar una transición, no para mejor, sino para peor. La lucha por el socialismo es, por primera vez en su historia, una lucha global a vida o muerte contra las incesantes fuerzas de la mercantilización y el exterminismo capitalistas. En estas circunstancias, sería negligente restar importancia a los peligros. El socialismo ya no es (si es que alguna vez lo fue) un mero sueño utópico: es la imprescindible defensa de la humanidad y de la Tierra.

La oleada de «novísimos» movimientos de la que trata este libro va en la dirección de acometer la tarea. A nadie se le ocultan los obstáculos y carencias que, hoy por hoy, tienen a la vista ante ese objetivo (algunos de ellos visibles y debatidos en el Foro de Porto Alegre de este enero de 2005). Pero de momento, los activos ya aportados son también visibles y tan sonoros que representan un verdadero vuelco respecto de la *vieja izquierda* cambio de registro político (aquí no hay estados mayores de la revolución ni relaciones estrictamente verticales), nuevo internacionalismo (por abajo), aparición de propuestas económicas innovadoras, práctica de un comunitarismo de nuevo cuño, configuración embrionaria de algo parecido a una opinión pública y una sociedad civil democrática y globalizada, y una relación renovada con la tierra (y con la Tierra).¹⁵

Salvador Aguilar, Arcadi Oliveres y Carlos Zeller
Barcelona, 28 de febrero de 2005

Notas

1. Paul M. Sweezy, *El presente como historia* ed. Tecnos, Madrid, 1974 (ed. original de 1953).
2. Benjamin Yoffe, disidente soviético de Memorial, 1990, en comunicación personal a uno de nosotros. Yoffe se refería principalmente a la antigua Unión Soviética, pero sus palabras se pueden extrapolar sin muchos problemas a la sensación predominante entre la izquier-

da mundial sobre esa importante cuestión. Por supuesto, deberíamos añadir que esa deriva de las ideas socialistas clásicas hacia la nadería o la bruma ideológica con mayor razón se produjo *durantela* ejecutoria del «socialismo real», más que *tras* su derrumbe. Leo Panitch (capítulo 10) converge con esta noción: «... para fines del siglo pasado, ¿qué se podía decir que quedaba del proyecto socialista? Para muchas personas, en la década de 1990, la respuesta parecía evidente, a la vista del ignominioso colapso de los regímenes comunistas del Este y de la pérdida absoluta de cualquier objetivo radical por parte de los partidos socialdemócratas de Occidente. Preguntar entonces sobre cuál podía ser el significado del propio concepto de cambio socialista en cuanto a sus objetivos, sus fuerzas sociales o sus agentes, por no hablar de métodos o de posibilidades inmediatas o a largo plazo, provocaba, cuando no el más completo desdén, al menos incertidumbre y confusión, dudas y pesimismo».

3. Se puede argumentar que todavía más temible para el *establishment* occidental era la primera variable apuntada: la contestación desde abajo por parte de ciudadanos y ciudadanas no encuadrados en organizaciones (o cuya protesta no se debía principalmente a ese hecho, sino a una actitud adquirida). A este respecto, vale la pena recordar la deliciosa transparencia de un antiguo y temido alto jefe de la diplomacia y de la «inteligencia» estadounidense, el general Vernon Walters, entrevistado por Arcadi Espada: «P: Estuvo en París en mayo [de 1968]. R.: Sí, sí, con los motines. P: ¿Qué pensaba su Gobierno? R: Estaban muy preocupados porque no se trataba de una revolución comunista. P: Ya. R.: Normal: les preocupaba no saber quién movía todo aquello. O que lo moverían los anarquistas. O que se moviera solo.» (*El País*, 25.08.2000, p. 12).
4. Véase Peter Gowan, capítulo 3 de *Monthly Review. Selecciones en castellano* 2, Hacer, Barcelona 2004, pp. 55-77.
5. Este párrafo y los dos siguientes proceden de Salvador Aguilar, «El presente como historia: se extingue la primera generación de *Monthly Review*», artículo de próxima publicación en la *Revista Internacional de Sociología* que estará a disposición del lector o lectora en la *web* de Editorial Hacer, dentro de la sección dedicada a *Monthly Review* Textos On Line.
6. De la que da cuenta el clásico de Eric Hobsbawm, *Rebeldes primitivos* de 1959 (hay edición castellana, en Ariel y actualmente en Crítica, Barcelona: *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XX*). El hecho de que 44 años después dos de los trabajos del presente libro (aunque con intenciones opuestas; véanse los capítulos de M. Löwy y J. Petras) hagan todavía uso de él, pone de relieve la persistente relevancia del estudio del historiador británico para entender los movimientos sociales premodernos (pero también para arrojar luz sobre los modernos).
7. Deberíamos añadir que también ha sobrevivido esa fina pero indestructible capa que representa, dentro del movimiento comunista, la tradición radical anclada en las ideas democráticas y la independencia de criterio, como la pervivencia de la misma *Monthly Review* atestigua.
8. *MR*, número de enero de 1994. Véase también Paul Sweezy, *Two essays* *Monthly Review* Press, Nueva York, 1995, p. 21.
9. Eduardo Galeano, «Crónica de Chiapas», en *El País*, 23.08.1996, p. 9.
10. Véase Erik Izraelwicz, «La primera revuelta contra la mundialización», en *El País* 8.12.1995, p. 4.
11. Para el caso español podemos recordar, entre otros muchos, los testimonios, respectivamente, del editorialista de *El País* (véase a título de ejemplo el editorial de 3.12.1995, titulado «Revuelta antiliberal»: «La mayoría de la opinión pública francesa sabe que las reformas

anunciadas [por Juppé] son necesarias... El hiperproteccionismo social francés no es ni financiable ya ni viable en un mundo de economía global») y del inefable «fotógrafo ciego» Mario Vargas Llosa («Al asalto del cielo», en *El País* 3.12.1995, donde puede leerse este inocente comentario: «Quien se haya dado el trabajo de leerse la propuesta del gobierno de Juppé habrá advertido que la reforma que provoca tan formidable movilización social... es de una moderación seráfica»). Ni unos ni otros, en España y en todos los países del área de la OCDE, parecían darse cuenta de que la nueva oleada de movilizaciones populares en todo el mundo que se inició en 1994, a diferencia de las inmediatamente anteriores, da ya por sentado el partidismo y beligerancia de los medios y de los intelectuales adeptos, sabe que el problema no es una cuestión de razones sino de intereses, y que el combate será también —es— contra esos sectores y el tipo de democracia instrumental y «de baja intensidad» que están instalando por todas partes.

12. Sobre el papel de la religión en las luchas populares recordamos al lector o lectora estas palabras del historiador Hobsbawm: «Una tradición religiosa... puede llegar a ser muy radical. Es cierto que determinadas formas religiosas sirven para adormecer el dolor causado por tensiones sociales intolerables y proporcionan una alternativa a la revuelta.(...) Sin embargo, en la medida que la religión constituye el lenguaje y el marco donde se desarrolla toda acción general en las sociedades subdesarrolladas —y también, en gran medida, entre la gente corriente de la Gran Bretaña preindustrial—, las ideologías de la revuelta serán también religiosas». Véase, E. Hobsbawm, *Labouring Men* Basic, Nueva York, 1964, p. 375 (hay traducción castellana, *Trabajadores*, Ed. Crítica, Barcelona).
13. Remitimos al respecto al conocido estudio de Eric Hobsbawm, ya citado, *Trabajadores* Ed. Crítica, Barcelona, capítulo 16, VII.
14. Siempre hay una imagen o imágenes emblemáticas que señalan o ilustran los cambios de época (y del sentido de las palabras). En el caso de la obsolescencia de la vieja izquierda y su total incapacidad para intentar siquiera gestionar el frente contra el capitalismo, una de esas imágenes fue probablemente el momento inolvidable en que, en la Polonia de Solidarnosc, el antiguo régimen accedió a negociar con los insurrectos y, para ello, a cada lado de la mesa se sentaron el «Partido de los trabajadores» y, frente a éste, los trabajadores en persona (tal vez se pueda poner en duda la legitimidad de un Walesa para representar a estos últimos, pero no la de un Jacek Kuron).
15. También es visible que la forma «movimiento» está en plena fase de transformación, como reconoce uno de sus mejores conocedores académicos, Charles Tilly: «la proliferación reciente de conexiones internacionales entre activistas puede que esté creando formas nuevas de actividad política de abajo a arriba que sólo vagamente se parezcan» a las que hemos conocido durante el pasado próximo (en *Social Movements, 1768-2000* Paradigm Publishers, pp. 35-36; de próxima publicación por Editorial Hacer). Véanse también al respecto los libros publicados por Ed. Hacer sobre la cuestión: Érik Neveu, *Sociología de los movimientos sociales* Mark Traugott (comp.), *Protesta social. Repertorios y ciclos de la acción colectiva* Doug McAdam, Sidney Tarrow y Charles Tilly, *Dinámica de la contienda política*